

843

Q.

PQ 28 78.

.03

C88

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL CURA DE FAVIÈRES

I

En un despacho de severo mueblaje de roble tallado y de paredes tapizadas de sarga verde con bordados violeta, monseñor Esperandieu, obispo de Beaumont, estaba sentado cerca de una ventana, que derramaba sobre su noble y grave cara una magnífica claridad, y escuchaba con atención mezclada de contrariedad, las quejas del señor Lefrançois, alcalde de Favieres. Era el tal magistrado municipal un hombrecillo calvo, de barba clara y grisácea y aspecto amenazador y mezquino. Sus zapatones de hombre del campo habían ensuciado la alfombra, cuidadosamente cepillada, del despacho del obispo. Apretaba con las piernas un grueso bastón, propio para conducir bueyes, y su sombrero, colocado sin cumplimientos encima de la mesa, ofrecía el desagradable

espectáculo de un objeto desteñido y engrasado por el sudor. Sus manos, que él retorció y cruzaba alternativamente para hablar, tenían unos dedos cortos y nudosos, aplanados por la punta, como los de los avaros. El pulgar, revelador de fuerza de voluntad, era digno de un asesino por su tamaño. El raído traje del señor Lefrançois era el de una persona acomodada de la clase media, de las que llevan la ropa más que lusada por no tener el disgusto de regalársela a criado. En aquel momento estaba mirando á monseñor Esperandieu con aire feroz y su boca contraída parecía que quería morder las palabras al pasar.

— Le digo á usted, monseñor, que no puede dejar al cura Daniel en Favières, porque le comprometerá y tendrá usted la contrariedad de hacer por fuerza lo que hoy le pido que me conceda de buen grado.

El prelado sonrió dulcemente y dijo, sacudiendo la sotana con sus finos y delicados dedos:

— Pero, señor mío, no tengo ninguna razón para consentir en lo que usted me pide, como no sea la de darle gusto. Con el mayor del mundo le complacería, pero evite usted á mi conciencia una injusticia. El padre Daniel es un sacerdote notable...

— Es mi enemigo, interrumpió con energía el

alcalde, levantando bruscamente la cabeza y asestando al obispo una mirada poco tranquilizadora con sus ojos amarillos.

— ¡ Ah! señor alcalde, ahí tiene usted una cosa que no es muy propia de un cristiano... ¡Cómo! ¡Persigue usted con su odio á un sacerdote cuya misión es enteramente de paz y que tiene el deber de devolverle bien por mal! ¿Cree usted eso generoso?

— ¡ Eh! señor obispo; no hago más que pagar al padre Daniel lo que le debo y devolverle su misma moneda...

— Jamás ha salido de sus labios ni una palabra de queja contra usted...

— Lo creo, pardiez; yo soy su víctima...

— Aunque me lo jure usted, dijo en tono agradable el obispo, lo dudaré siempre. No tiene usted trazas, hablándole francamente, de ser hombre que se deje martirizar... Si yo tuviera que escoger entre estar en la iglesia de Favières ó en la alcaldía, me parece que para no ser un mártir tendría que optar por las funciones laicas, lo que me proporcionaría una excelente ocasión de reconciliar al cura con su alcalde.

Lefrançois bajó de nuevo la cabeza, no por humildad, sino por prudencia y á fin de ocultar á monseñor Esperandieu la atroz contracción de sus mandíbulas, que se apretaron como las de

un lobo. Hizo crujir las falanges de sus dedos cruzados y dijo con voz enronquecida por la cólera :

— Veo, monseñor, que ha tomado usted su partido, pero yo también. No dejaré que me hagan la guerra sin defenderme. Va usted, pues, á desencadenar el escándalo. El cura de Favieres se ha metido imprudentemente en negocios de construcción para su proyecto de escuela libre, y se perderá sin remedio si usted no le ayuda poderosamente. Porque es inútil que cuente con el municipio. Somos responsables del dinero de nuestros electores y no lo emplearemos en subvencionar empresas hostiles al Gobierno... En Favieres somos republicanos...

— ¡Bah ! señor alcalde, dijo el prelado, también lo somos en el palacio episcopal... Bien sabe usted que no hacemos oposición.

— Ya sé, monseñor, que es usted muy hábil y que conduce diestramente su barca...

— Que es la de san Pedro, un pobre pescador y, como todos los apóstoles, un hombre del pueblo. El primer deber del clero, señor alcalde, es ser humilde y aproximarse á los humildes. Los dichosos de la tierra no tienen necesidad de él, mientras que los desheredados, los desesperados y los que sufren son sus clientes habituales. ¿Quién se encargará de los niños y quién los

instruirá si los curas no se encargan de ello?

— Nosotros, señor obispo.

— Sí, pero ustedes no les enseñan á rezar. El cultivo de la inteligencia es excelente, pero el del alma es indispensable. ¡Qué dolor para nosotros el ver que persiste el eterno error y que usted y sus amigos siguen convencidos de que es imposible ser republicano é ir á misa! Vamos á ver, querido señor Lefrançois, usted que tiene una verdadera superioridad intelectual, ¿por qué no da el ejemplo de la moderación y de la conciliación? Ese sería para usted un noble papel, digno de hacerle entrar en ganas de desempeñarle.

— ¿Qué dirían mis electores ?

— Pero, entonces, usted no piensa ni obra más que para satisfacer á su partido... ¡ Ah ! señor alcalde ; usted quiere ser consejero general y después diputado y pretende usted ofrecer al pobre cura de Favieres como holocausto á sus sectarios del distrito... ¡ Pide usted ese pago por entregarles su cabeza!... ¡ No ! ¡ No la tendrá usted !

El obispo sonreía, pero hacía temblar su voz una emoción sabiamente disimulada. Levantó su fina mano, adornada con el anillo pastoral, y dijo, amenazando al alcalde con un gracioso ademán :

— ¡ Tenga usted cuidado ! Buscaré aliados contra usted en su propia casa. La encantadora señora de Lefrançois no hará causa común con

todos esos funestos radicales. La traeré á mi partido y la creo muy poderosa...

— Mi mujer no será tan tonta que se mezcle en estos asuntos, gruñó el alcalde. Sabe á qué atenerse sobre mis sentimientos respecto del cura y ya ha tratado de hacer todo lo que ha podido en su favor. Le conoce hace mucho tiempo... Sabe muy bien que me odia. Si cuenta usted con su apoyo, monseñor, se engaña usted enteramente. Creo que, en el fondo, no disgustaría á mi mujer ver partir al abate Daniel...

— ¡Cómo! ¿Hasta las mujeres quieren mal á ese pobre sacerdote? Vamos, señor Lefrançois, ¿cuánto debe? Usted, que tiene en ello interés, debe conocer la cifra.

— Monseñor, el cura de Favieres ha respondido por cuarenta y dos mil francos y no tiene ni un céntimo... Si conoce usted algún banquero que se los preste sobre la sotana, como única prenda, indíquesele, porque ya es tiempo...

— ¡Cuarenta y dos mil francos! ¿Y á quién se los debe?

— Á pequeños contratistas: albañiles, carpinteros, pintores...

— Esas buenas personas esperarán...

— Están esperando hace dos años. ¿Quiere usted, monseñor, ver embargar á su cura? ¡Será un espectáculo edificante!

— Señor alcalde, dijo el obispo con gravedad; si yo tuviera la suma necesaria, el abate Daniel la recibiría mañana para hacer frente á sus compromisos; pero soy pobre. Ese dinero ha sido gastado por la gloria de Dios; esté usted seguro de que Dios proveerá.

— ¡Amén! dijo el alcalde con aire burlón.

Se levantó en seguida; cogió su sombrero, golpeó la alfombra con el bastón é inclinándose irónicamente ante el obispo, añadió:

— Monseñor, usted se acordará un día de que he venido á ofrecerle la paz y la ha rechazado.

— Porque me la ha ofrecido usted á cambio de una injusticia.

— Deplorará usted su negativa cuando ya sea tarde.

— Señor alcalde, mi conciencia estará siempre tranquila. Deseo que á usted le suceda lo mismo.

Se levantó, hizo una señal con la cabeza á su duro interlocutor para indicarle que había terminado la audiencia, y esbelto con su túnica violeta y deslizándose más que andando, le condujo hasta la puerta, donde al ver que el alcalde radical le lanzaba la última mirada de regateo, sonrió, y con los dedos evangélicamente reunidos, le dió su bendición. Lefrançois se sacudió como si le hubiera caído un maleficio, balbuceó algunas palabras nada benévolas ni reverentes, y dejando

al obispo, bajó la escalera del palacio episcopal y montó en un carricoche que le esperaba en el patio.

Monseñor Esperandieu era un prelado valeroso, pero prudente. Quería defender á su clero, pero deseaba también saber por qué y cómo era atacado. Abrió la puerta del despacho y pasando á la pieza inmediata, que servía de biblioteca y de archivo, buscó con la mirada á su secretario. El joven sacerdote estaba de pie, asomado á la ventana y ocupado en desmigajar un pedazo de pan que arrojaba á los numerosos gorriones que anidaban en los agujeros de los viejos muros del palacio. Una suave brisa subía del jardín, embalsamada por los tilos en flor, y en las ramas piaban y revoloteaban los pájaros. El sacerdote, iluminado por un rayo de sol, continuaba plácidamente su distribución, sin sospechar que su jefe, que sonreía ante la suave y pura armonía de aquel cuadro, estaba de pie detrás de él.

— Veo, hijo mío, dijo el obispo acercándose, que sus clientes plumáceos crecen y se multiplican según la Escritura. Pronto tendrá usted en sus festines todos los pájaros de la ciudad.

— No se puede imaginar, monseñor, lo exigentes y lo audaces que son... Cuando no estoy pronto á la hora exacta para distribuirles su ración cotidiana, vienen á golpear con las alas y con el

pico en los cristales de la ventana. Y creo que vuestra Ilustrísima tiene razón; me traen convidados...

El abate cerró la ventana. Los últimos gorjeos de los pajarillos se perdieron entre los rumores de los viejos tilos, y el obispo y su secretario permanecieron el uno en presencia del otro en la vasta habitación, clara y tranquila.

— Mi querido Richard, dijo el obispo á su favorito, acabo de recibir la visita del señor Lefrançois, para el asunto de Favieres. Verdaderamente, el alcalde muestra un encarnizamiento extraordinario contra nuestro pobre cura. He resistido á las instancias de ese fanático porque no me conviene que se pueda creer que abandono mi autoridad, pero empiezo á dudar si sería mejor para el abate Daniel que le enviase á otro curato. Ese Lefrançois le jugará alguna mala pasada abominable y nos comprometerá á todos.

El joven sacerdote Richard, que pertenecía por su nacimiento á la noble familia de Prefont, se encontraba naturalmente dispuesto á la hostilidad respecto del alcalde, cuyo tono, cuyas maneras y cuyas tendencias se avenían muy mal con sus costumbres, sus gustos y sus opiniones. Sonrió con desdén y dijo, en un tono tanto más respetuoso cuanto más atrevida era en el fondo la respuesta:

— Me extraña que vuestra Ilustrísima piense en ceder, en el terreno eclesiástico, ante ese secretario descomedido. En la situación en que vuestra Ilustrísima está con el Gobierno, puede muy bien permitirse el lujo de resistir. Un obispo benévolo, casi adicto, tiene derecho de hacer frente á un tiranuelo municipal como ese Lefrançois. No ignora monseñor que ese personaje goza de la más detestable reputación, aunque sea, por su fortuna, el hombre más importante de la comarca. Ha dejado en Beaumont malísimos recuerdos. Mi primo La Morandière afirma que el alcalde de Favieres ha sido un usurero desenfrenado y que hasta su casamiento ha vivido en la más baja crápula. La hermosa posadera del Águila de Oro ha servido en su casa y la crónica escandalosa atribuye á Lefrançois los dos hijos que esa mujer ha tenido de su matrimonio con Regmalard...

El obispo interrumpió al joven sacerdote diciéndole con alguna severidad:

— Me parece, amigo mío, que está usted muy al corriente de las hablillas de la ciudad y que las repite usted con gran complacencia...

— Monseñor, replicó el secretario sonriendo, he nacido en el país; he sido educado entre esta gente y me ha bastado oír á los criados de mi padre para saber á qué atenerme sobre el valor material y moral de todos los habitantes de la

ciudad. Tengo, además, muy buena memoria, de manera que he clasificado todos los recuerdos. Basta abrir uno de los legajos de mi cerebro para que se desborden todos esos datos. Pero si vuestra Ilustrísima no aprueba mi lenguaje, me callo.

El prelado, sin responder, dió algunos pasos por la biblioteca, reflexionando, y dijo en seguida sin poder disimular su contrariedad:

— El cura de Favieres es demasiado ardiente y no puedo, sin embargo, vituperar su celo, puesto que se ejerce en provecho de la religión. ¡Oh! ¡El tacto! ¡El tacto! En la situación en que se encuentra el clero es la primera cualidad, la única, acaso, que habría que exigir de un sacerdote. Y precisamente al abate Daniel se le ocurre volver de arriba abajo todo el distrito, en el momento en que más necesidad tenemos de contemporizar, de hacernos casi invisibles. Vea usted lo que ocurre en el mundo político. Los moderados tienen que habérselas con los violentos. El socialismo trata de producir con su audacia la ilusión de la fuerza y sesenta malcontentos pretenden violentar al país entero y destruir las bases seculares de la sociedad francesa. No pasarán dos años sin que el Gobierno, agobiado, tenga que recurrir para defenderse á la influencia de la Iglesia, que no le escatimará sus buenos oficios para una obra de salvación. Convendría, pues, no

proporcionar ningún motivo de inquietud, no prestarse á ningún conflicto, apaciguarlo, calmarlo y adormecerlo todo. ¡ Y este es justamente el momento que nuestro cura escoge para desencadenar la guerra !

— Pero, monseñor, no es él quien la desencadena, sino el tal Lefrançois. El padre Daniel hace en su pueblo lo mismo que vuestra Ilustrísima en su diócesis. Solamente que, en vez de tener que habérselas, como monseñor, con indiferentes, ha ido á dar con enemigos. Crea vuestra Ilustrísima que la religión no tiene nada que ver con la hostilidad del alcalde. Si monseñor quiere que le diga las verdaderas razones de esa animosidad, comprenderá que abandonar ese pobre cura al alcalde sería como entregar una víctima al verdugo. Pero me callo porque vuestra Ilustrísima va á acusarme otra vez de que murmuro...

El obispo se sentó al lado de la mesa y dijo, mirando al joven secretario con espiritual benevolencia:

— Si no le escuchase á usted ahora parecería que no quería enterarme. Vamos, hable usted, puesto que tantas cosas tiene que decir; pero trate de no ser muy escandaloso.

— Monseñor, dijo sonriendo el sacerdote, con relatar los hechos, sin añadirles nada, será suficiente. Pero el padre Daniel, como su glorioso

patrón, ha tenido que verse enfrente de unos leones devoradores y los ha domado con la pureza de su mirada. Se ha visto encerrado en el horno y le ha atrevesado sin daño, *in cessit per ignes*, sin quemarse.

— ¡ Bueno ! No predique usted ; ahórreme usted las citas, interrumpió alegremente el obispo.

— Decía, pues, monseñor, que el padre Daniel es natural de Beaumont. Su padre era ingeniero de caminos y murió joven, sin dejar fortuna, cuando su hijo acababa de tomar la primera comunión. La señora de Daniel tomó resoluciones muy rápidas y muy firmes. Metió á Pablo en el colegio de Beauvais como interno y se retiró á una modesta casita que tenía en Berthencourt heredada de sus padres y en la que sabía que podría vivir con sus muy escasos recursos. Mientras la viuda de Daniel cultivaba la huerta y descansaba de la siembra de las patatas con el cuidado de los rosales, su hijo hacía brillantes estudios y demostraba tener un cerebro bien constituido al que el trabajo enardecía sin cansarle. Tenía también una naturaleza ardiente y apasionada é incapaz de indiferencia. Quería ó detestaba, sin término medio. Veá vuestra Ilustrísima ; desde el comienzo de la vida se mostraba tal como debía ser después, con sus amplios entusiasmos y sus repugnancias obstinadas, rígido y, ciertamente,

fuera de lugar en el siglo de oportunismo en que vivimos. Si este temperamento de apóstol y de mártir hubiera vivido en medio de las convulsiones religiosas y políticas del siglo XV, hubiera podido ser un Savonarola ó, acaso, un Lutero. En el colegio contrajo una afectuosa amistad con uno de sus compañeros de clase, Bernardo Letourneur.

— ¿El hijo del antiguo presidente del Consejo general del Oise?

— Sí, monseñor; el gran ganadero de Sarmonville, el que tenía tan extraordinarios caballos trotadores y los presentaba en las carreras. Bernardo era, pues, un muchachón bello, fuertemente conformado, muy perezoso y con mucho dinero en el bolsillo, porque su padre tenía para él la mano larga. Un tipo enteramente opuesto al de Pablo Daniel. Acaso ese contraste tan completo entre la insuficiencia física del uno y la debilidad intelectual del otro fué causa del afecto que unió á los dos colegiales. Se les encontraba juntos en todas las circunstancias. Cuando se trataba de darse de puñetazos, Letourneur era siempre el que se remangaba, y cuando hacía falta hacer una traducción ó poner en claro un tema, era Daniel el que manejaba el diccionario. De este modo acabaron los estudios; solamente que cuando se trató de sufrir los exámenes, cada cual tuvo que presentarse por su cuenta y Daniel no pudo ayu-

dar á Letourneur. El hermoso muchacho llevó unas solemnes calabazas mientras que su compañero obtuvo un completo triunfo. Pero Bernardo no le guardó rencor por esta diferencia. Sus poderosos pectorales y su alta estatura le consolaron de los éxitos escolares de Pablo y, bien mirado, si le hubieran dado á elegir entre los profundos conocimientos de su amigo y la sólida constitución de que le había dotado la naturaleza, es más que probable que hubiera preferido seguir siendo un hombre magnífico á volverse un sabio notable. La existencia que se abría ante los dos amigos debía ser tan diferente á causa de sus tendencias y de sus aptitudes que la intimidad casi fraternal que los había unido hasta entonces cesó de repente. Daniel entró en la escuela normal y Letourneur se quedó con su padre, en la ancha y espléndida vida que hacía el rico propietario de Sarmonville. Mientras Pablo continuaba su trabajo de benedictino y se preparaba para el bachillerato de filosofía, Bernardo cazaba, gastaba mucho dinero y obtenía con las damas brillantes éxitos que todo el mundo conocía, pues no era el muchacho muy discreto. Ahorraré á vuestra Ilustrísima estos detalles para llegar más pronto al punto capital de mi relato, es decir, á la entrada de Daniel en el sacerdocio y á sus diferencias con el señor Lefrançois. Este individuo no podía

entonces suponer que llegaría á tener ambiciones políticas. Vendía granos, como hizo su padre, y recorría las granjas de la provincia para aprovechar los momentos de penuria, durante los cuales suponía que los labradores se verían obligados á vender á bajo precio. En este oficio ganaba dinero, pero no estimación. Le llamaban « come hombres », lo que le tenía sin cuidado, pues ya, en su juventud, era poco sensible al qué dirán y no se ocupaba más que de sí mismo. Era entonces un joven de treinta años, seco, pequeño, de mirada dura y de mandíbula feroz. Su aspecto no era bueno, pero estaba en camino de hacer fortuna. Un día pensó que si el comercio de granos presentaba hermosas ventajas, el de dinero las ofrecería mucho más serias, y en lugar de comprar las cosechas en el granero, se dedicó á prestar sobre los sembrados. El resultado no se hizo esperar, y su capital, que hasta entonces le había producido el diez por ciento, empezó á rentarle el veinte. Se estableció en Beaumont, fundó la casa de banca que ahora gira bajo la razón social de Bertrand, Ferón y Compañía y contribuyó grandemente á arruinar la agricultura en la provincia. Se busca el medio de que cese la crisis agrícola y no se hace más que votar tarifas prohibitivas que ahogan al país entero con los lazos de una protección que suprime todo comercio con el extranjero.

¡Están locos! No hay más que un procedimiento para reanimar á los labradores, que es ponerlos en condiciones de prescindir de los tratantes en animales, que les roban, y de los prestamistas, que los devoran. Para esto no habría más que crear bancos regionales de préstamos para la agricultura...

— Mi querido Richard, admiro su competencia de usted y estoy penetrado de su ardor, dijo el prelado sonriendo.

— ¡Ah! monseñor, es que todos mis parientes son grandes propietarios. Desde que tengo la edad suficiente para comprender lo que pasa al rededor de mí, estoy oyendo discutir la cuestión, y la he visto resolver por la iniciativa privada... Mi tío de Prefont ha salvado sus propiedades del Eure ayudando á sus colonos, en vez de estrangularlos, cuando han estado apurados por la crisis... Lo que él ha hecho por afecto hacia esa buena gente, debiera hacerlo el Estado por interés nacional. Si en los momentos difíciles encontraran los labradores dinero al tres por ciento y á largos plazos, en vez de verse obligados á vender sus productos ó á pedir prestado al doce y al quince, renacerían la prosperidad y la confianza en los campos... Pero hemos ido á parar lejos de Lefrançois, aunque estemos de lleno dentro de sus negocios. El muy bribón hacia precisamente lo

contrario de lo que estoy recomendando y en vez de bajar la tasa del interés á medida que aumentaban las dificultades para sus clientes, la aumentaba con el pretexto de que el dinero andaba escaso. Así engordaba con todas las ruinas, se redondeaba en todas las ventas y escogía para sí las más hermosas y productivas tierras de la comarca. De este modo llegó á poseer la propiedad de Fresqueville, cerca de Favieres, y se ha hecho uno de los más importantes propietarios del Oise. Cuando vino á instalarse en Beaumont tendría unos cuarenta años. Hace dos, Pablo Daniel, ya doctor, era profesor del colegio de nuestra ciudad. Había traído á su madre para que cuidara la casa, y su vida, consagrada al trabajo hubiera sido la más feliz del mundo si no hubiese encontrado á la señorita Florencia Guepín, la muchacha más bonita, seguramente, que se podía admirar en diez leguas á la redonda, y no ignora vuestra Ilustrísima que nuestra provincia tiene fama por la belleza de las mujeres.

— Richard, interrumpió el obispo, me parece que es usted un poco atrevido en sus comentarios...

— Monseñor, no puede haber nada escandaloso en una apreciación histórica. Es notorio que el territorio de los antiguos *Bellovaques* presenta hermosos tipos de la raza gala, conservados asom-

brosamente á través de los siglos, como en la Bretaña se encuentran tipos *kimris* muy acentuados. La tal Florencia, pues, era una deliciosa rubia de ojos azules, y la hermosa señora de Lefrançois no da sino una idea muy vaga de lo que fué la enloquecedora señorita Guepín. Era una rosa en capullo...

— ¡Basta! ¡Basta! Cálmese usted y no nos cante el Cantar de los cantares...

— Yo no la he conocido, monseñor: era yo muy joven. La señora de Lefrançois es mucho mayor que yo... Pero mis tíos hablan de ella todavía con tal entusiasmo, que hay que creer que la rosa de Beaumont, como llamaban á Florencia, era, en efecto, una persona extraordinaria.

Guepín, su padre, era carpintero, establecido en el rincón de la plaza de la Catedral. La tienda existe todavía, pues el primer oficial la tomó para seguir el negocio cuando Lefrançois, humillado al ver el nombre de su suegro en una muestra y al suegro mismo en mangas de camisa, cepillando madera entre un mar de virutas, se llevó al buen hombre á Orcimont, otra de sus propiedades, para encargarle de la vigilancia de los obreros. La señora de Daniel habitaba la misma casa que el carpintero, en la que ocupaba un piso segundo con cuatro piezas que daban á la plaza, y la escalera que conducía á su cuarto pasaba por delante

del taller de Guepín. El olor del pino aserrado llegaba hasta ella, y una de las inquietudes de la viuda era pensar que un fósforo arrojado por cualquier aprendiz negligente, convertiría la casa en un brasero antes de que nadie tuviese tiempo de recoger sus efectos para escapar. Pablo veía forzosamente al pasar lo que sucedía en el taller y escuchaba muy divertido el chirrido de las garlopas y el ronquido de la sierra mecánica. Un día se detuvo á mirar; acababa de ver á la señorita Florencia que había salido del colegio aquel mismo día é instaládose en casa de su padre. El bueno de Guepín le dijo : « Entre usted, señor profesor, tenemos una nueva persona de la familia que presentarle. Es mi hija, una sabia, que está en estado de responder á usted. » Pablo franqueó la puerta del almacén, andando sobre una blanda alfombra de serrín, y avanzó deslumbrado hacia aquella adorable joven que le sonreía, iluminada por la viva luz que se introducía por las vidrieras, y rodeada de un nimbo de polvillo amarillento que revoloteaba en la dorada atmósfera. Era su tez tan rosada, tan rubia, tan fina, tan sedosa, que Pablo se quedó como embobado... Ni él ni nadie podrían decir lo que pasó en aquella primera entrevista y aun él menos que nadie. Solamente la joven podría dar cuenta tranquilamente de lo que allí ocurrió, pues no vió en la

aparición del joven más que un incidente sin importancia, un vecino que pasaba por el portal y á quien su padre había llamado para presentársele.

Aquella maliciosa persona había aprendido en el colegio que los jóvenes no han sido creados más que para la comodidad y la diversión de las muchachas guapas, y como ella sabía que lo era, se preguntaba en qué podría serle útil ó agradable el vecino de su padre. Le había encontrado bastante torpe en sus movimientos y de bastante mal aspecto con su ropa negra. Su cara, á decir verdad, le había parecido aceptable, aunque impregnada de una expresión de timidez que le daba un aire glacial. ¿Aquel señor reía alguna vez? ¿Hablabá, al menos? ¿Era capaz de bailar en fin? ¿qué recursos podía ofrecer ese joven para una muchacha que acababa de salir del colegio de la señorita Formentin, después de diez años de comprensión pedagógica, con un deseo inmoderado de divertirse?

Pablo Daniel no parecía ofrecer en realidad serias garantías de semejante cosa, y es preciso declarar que la primera impresión fué desfavorable. Pero no había hablado todavía y todos los que le conocen saben cuánta gracia y cuánto poder de seducción tienen su voz y su mirada. Al día siguiente, después de haber dejado asom-

brados á sus discípulos por las inusitadas distracciones que padeció durante la clase, Pablo se atrevió á penetrar de nuevo en aquel edén, á tiempo que la señorita Guepín se estaba paseando por el jardinillo que había detrás de la casa y que era bastante grande para contener dos cuadros de verduras, un pozo y algunas plantas de geranio. La joven parecía aburrirse soberanamente en su paraíso, al que salía siempre después de almorzar para disipar sus ensueños y acaso para buscar la serpiente. Pero no encontró más que un profesor de filosofía. En aquella ocasión Daniel no estaba ya paralizado por su inexplicable cortedad; se atrevió á emprender conversación, y como tenía talento y deseaba, sobre todo, agradar, supo distraer á la encantadora Florencia, la cual tuvo que reconocer que la vida sería verdaderamente aceptable en Beaumont si hubiera en la ciudad media docena de jóvenes, profesores ó no, que consintieran en asociar su ingenio y su facundia para divertirla á ella.

Mientras tanto, se conformó con su vecino, le prodigó sonrisas y coqueterías, y le enloqueció de tal modo, que Pablo declaró cándidamente á su madre, respecto de la cual ha sido siempre un verdadero niño, que sin la posesión de aquella amable joven, no había dicha posible para él en la vida. La madre de Daniel se quedó muy

asombrada y al mismo tiempo muy inquieta por aquella repentina erupción que nada hasta entonces había hecho presagiar. Apenas se había dado cuenta de la presencia de la muchacha en la casa y ya veía sus fulminantes efectos. Su hijo, no había duda, era presa de una fiebre de amor que le quitaba el libre ejercicio de sus facultades, y si por desgracia iba á chocar con una fuerte resistencia de la joven, lo que era muy posible, si no probable, ¿qué le iba á suceder y qué podría hacer ella?

La buena señora trató de traerle á razones, de hacerle presente que era todavía muy joven, que su situación, aunque segura, no era brillante, y que la hija de Guepín demostraba unos gustos de elegancia y un refinamiento en el vestir que no estaban en consonancia con el modesto oficio de su padre. Insinuó que la joven Florencia le parecía fútil y coqueta y que el carácter grave de Pablo se acomodaría mal con esa ligereza. Las mujeres de los señores profesores eran todas personas serias y hasta un poco severas, y no añadió que todas eran feas, lo que era verdad, y que convenía que la mujer de Pablo fuese como las demás. No creyó que el deber de un miembro de la Universidad fuese llegar á tal abdicación profesional. Añadió á su discurso muchas exclamaciones y un considerable número de suspiros, pero no consiguió

hacer la más pequeña mella en el corazón de su hijo, el cual declaró, lo mismo que al principio, que quería absolutamente ser marido de la señorita Florencia y que si no lo lograba, la vida no ofrecería para él placer alguno. La madre de Daniel era una buena mujer, que al dedicar á su hijo el lenguaje razonable que acababa de dejarle tan insensible, no había pensado ni una vez en sí misma ni en su propio porvenir. Así es que dijo: « ¿Quieres casarte con esa muchacha? Bueno; mañana hablaré con su padre. »

Estaba Guepín muy ocupado en poner los pernios á una persiana, cuando la viuda de Daniel se presentó para hablarle. El carpintero, sin ponerse la chaqueta, introdujo á la madre del joven profesor en el comedor de la casa, que estaba contiguo al taller, y mientras los obreros serraban, cepillaban y clavaban con ruido diabólico, hizo sentar á la visitante y le preguntó á voces, para hacerse oír, á qué debía el placer de verla en su casa. Guepín pensaba: « Esta señora debe necesitar una buena caja para guardar sus efectos y defenderlos de las moscas y de las mariposas durante el verano, y viene á encargármela. » La madre de Daniel, de repente y sin preparativos oratorios, le declaró, gritando también, que su hijo estaba enamorado como un loco de la señorita Florencia y que eso le impedía comer y

beber. El carpintero dijo: « ¡Diantre! » y comprendiendo que no era posible continuar una conversación tan importante al ruido de tan infernal golpeteo, se levantó, abrió la puerta del taller, miró la hora en el reloj de cuco que contribuía también al desconcierto general, y dijo: « Muchachos, son las cuatro, podéis marcharos á merendar. Volved á las cuatro y media. »

Cerró la puerta, se aproximó á la señora de Daniel y dijo, mirándola con enternecimiento: « ¿Es decir que su hijo de usted encuentra á su gusto á mi Florencia? No me extraña, porque es una chica instruída y que sabe portarse como en la buena sociedad. Seguramente, no es á propósito para casarse con un obrero como su padre; pero, ¿usted sabe, vecina? no quiero contrariarla y, ante todo, es preciso que le guste el señor profesor. En lo que toca á la instrucción, encuentro halagüeño tener un yerno sabio, yo, que soy un borrico. Pero mi Florencia tendrá un bonito capital cuando yo haya acabado de trabajar en la madera y, por de pronto, le daré una dote de diez mil francos. » La viuda de Daniel tuvo que confesar, con algún embarazo, que su hijo no tenía más que su sueldo, pero que podía contar con un buen porvenir, pues un hombre de su valía no habría de estarse toda su vida en un colegio de provincia. Pronunció la palabra « París » y vió

dilatarse la cara del obrero. Era evidente que aquel buen hombre, tan sencillo y casi humilde cuando se trataba de sí mismo, había soñado brillantes destinos para su hija. Desde ese momento se puso reservado y casi silencioso y acogió con aire de desconfianza las amplificaciones de la viuda. Dijo á su vecina que hablaría á su hija del asunto y que si ella no rechazaba desde luego la idea, consultaría á ciertas personas en las que tenía gran confianza, á fin de saber exactamente si la carrera de profesor de filosofía podía dar de sí para satisfacer la justa ambición de una mujer.

La viuda comprendió que no había ya ni una palabra útil que cambiar con Guepín y se despidió de él, rogándole que no dejase languidecer á su hijo, que se moriría de impaciencia esperando una respuesta. El carpintero, vuelto de sus sueños de grandeza, recobró el habla para decir que él sabía muy bien lo que era estar enamorado y que no quería causar penas á nadie. Se mostró amable, como al comenzar la conversación, y ya empezaban los obreros á armar un estrépito rabioso en el taller, cuando condujo á la viuda hasta la escalera y le dijo adiós por señas.

Los tres días que Guepín, muy ocupado, hizo esperar su contestación, parecieron á Pablo una eternidad. Era demasiado discreto para presentarse á Florencia y pasaba como una sombra por

la escalera para ir al colegio. Su corazón latía de angustia y estaba roído por la incertidumbre. Recontaba todo lo que podían producirle sus mayores esfuerzos de trabajo; además de sus tres mil ochocientos francos de sueldo, tenía la lección que daba al hijo del prefecto y el curso de literatura del colegio de niñas de la señorita Magimel; en total cuatro mil nueve francos. ¿Sería bastante para ser aceptado por la señorita Guepín? Empezaba á poner en un pedestal á la hija del carpintero, que no era ya para él una gentil personilla perteneciente á la clase obrera de Beaumont, sino una princesa perdida en un medio que no era el suyo y que ella esclarecía con el brillo maravilloso de sus encantos. El bueno de Pablo estaba en plena comedia de magia. Empezaba á dudar si sería digno de su amada y buscaba con angustia qué hombre, en toda la provincia, estaría en condiciones de casarse con Florencia sin que ésta pareciese ser una víctima del destino.

— Hijo mío, interrumpió el obispo, se está usted haciendo atrocemente prolijo; su relato, que empezó siendo sobrio, empieza á abusar de los detalles.

— ¡Ah! monseñor, si vuestra Ilustrísima no me permite que le pinte los personajes, ¿cómo podré interesarle en sus aventuras?

— Así, pues, ¿va á haber aventuras?

— ¿Cree vuestra Ilustrísima que una preparación semejante no ha de servir de nada? Creí que mis artículos de la *Semana Religiosa* habían dado á Monseñor una opinión más favorable de mis facultades.

— Continúe usted, puesto que tengo que aguantar sus explicaciones...

— ¡Aguantar! Eso es duro... Pues bien, Monseñor, puesto que es así, voy á pasar en silencio las capitulaciones de Pablo Daniel y de Florencia Guepín, que, sin embargo, me hubieran dado materia para trazar un cuadro exacto de la vida provincial. Pensaba sacar partido del jardín bañado de sol, como marco, y del brocal del pozo como asiento para colocar á mis amantes. Hubiera hecho que vuestra Ilustrísima viera á la hermosa rubia envuelta en un rayo de luz, bajo los verdes pámpanos de la parrá, y á su prometido sentado casi á sus pies... Esto hubiera sido bello; pero Monseñor me acusaría de perderme en detalles... Paso en seguida al suceso grave, al acto decisivo, á la peripécia dramática de esta historia de amor.

— No puedo expresar á usted con cuánta extrañeza oigo esta historia de un hombre destinado á ser sacerdote, dijo el obispo. Esas pasiones mundanas arrojan un insuperable descrédito sobre el padre Daniel, dentro de mi pensamiento. Me

parece imposible que un corazón que ha experimentado sentimientos de esa violencia se haya pacificado.

— Pero, Monseñor, ¿y los santos? San Pablo, San Agustín, María Magdalena...

— Sí, hijo mío, sin duda. Pero á todos esos personajes los juzgamos en las lejanías del pasado; no son nuestros contemporáneos y en nuestro espíritu aparece, antes que sus faltas, el ejemplo de las virtudes que mostraron después; mientras que tratándose de este sacerdote que ha sufrido todas las excitaciones del mundo, aun sabiendo que es un modelo de caridad, de cordura y de piedad, tengo siempre miedo de que en un momento dado, retoñen en él las dormidas pasiones... Creo que hace usted mal de darme á conocer el misterio de su vida pasada; no podrá más que perder con ello.

— No, Monseñor, porque llegamos á los sucesos que han decidido su entrada en el sacerdocio y vuestra Ilustrísima comprenderá que una renuncia tan completa de las esperanzas y de las alegrías humanas tiene que ser definitiva.

— ¿Tiene usted la pretensión de hacerme creer que el dolor de haber sido suplantado por Lefrançois ha impulsado á Pablo Daniel á tal desesperación que se ha arrojado en el seno de la Iglesia, como en un precipicio, para enterrar en

él su vida, su pensamiento, sus penas y todo él por entero?

— Así es, Monseñor. No tendré que hacérselo creer, sino que vuestra Ilustrísima lo creerá por la continuación natural de mi relato. Todo el que está informado de las cosas de la religión sabe cuán frecuentes son esas conversiones. Se ha contado que un día, en la mesa del rey de los belgas, no el actual, sino el anterior, el que siempre que se agitaba el pueblo mandaba hacer los baúles y la revuelta se calmaba como por encanto, tanto era el miedo de la Bélgica á quedarse sin rey; á la mesa, pues, de aquel singular monarca, había varios generales y un obispo, monseñor de Mercy-Argenteau. Se habló del ejército, de los soldados, de las maniobras, y el prelado se expresó con tal competencia acerca de esas cuestiones, que fué interrogado y se supo que entre todos los convidados, la mayor parte de los cuales habían mandado divisiones, solamente el obispo había hecho la guerra y visto el fuego. Bien es cierto que había sido como coronel de húsares y bajo las órdenes de Napoleón, que le condecoró por su propia mano. Aquel brillante soldado tuvo la desgracia de perder á su prometida, á la que adoraba y, de pena, tomó las órdenes. Podría citar otros cien ejemplos tan concluyentes como este, sin recurrir

para ello á la Trapa, aunque sería muy del caso.

— ¡ Ah! Richard, el cura de Favieres tiene en usted un abogado muy elocuente, dijo el prelado, pero no sé si le hace usted un favor con su defensa. La prudencia aconsejaría arreglar las cosas con dulzura, en vez de impulsar á ese alcalde á los mayores extremos por una resistencia que no puede menos de exasperarle. Me estaba acusando de haber sido hoy con él demasiado autoritario, y ahora resulta que lo es usted más que yo.

— Yo, Monseñor, dijo el joven sacerdote con sonriente humildad, no soy más que un fiel servidor de vuestra Ilustrísima... Si Monseñor me manda callarme no pronunciaré ni una palabra más.

En este momento sonó tímidamente en el patio una campana agitada por una mano discreta. El obispo se levantó y dijo mirando á su secretario :

— Nos llaman á almorzar. Deme usted el brazo, Richard, y en la mesa seguirá su relato, porque una vez que lo ha empezado, sentiría no conocer la continuación.

Y apoyado en su favorito, más por afectuosa familiaridad que por debilidad enfermiza, el obispo se encaminó hacia el comedor.